

Conferencia científica y práctica “La revolución de octubre de 1917 en Rusia y su papel en la historia mundial”, Novosibirsk, 23 y 24 de noviembre de 2017.

La recepción argentina de la Revolución Rusa. 1917-1930

Horacio Tarcus
(CeDInCI / UNSAM, Conicet)

Resumen en español:

La buena nueva de la Revolución Rusa se irradió por Latinoamérica a la velocidad del telégrafo. Alcanzó un impacto particularmente significativo en la Argentina, que contaba con una numerosa colectividad de emigrados ruso-judíos, de cuyas filas surgieron los primeros viajeros al país de los Soviets. También contaba la Argentina con un movimiento obrero organizado a nivel nacional, donde tanto la FORA (Federación Obrera Regional Argentina) anarquista como la FORA sindicalista revolucionaria quisieron ver en la experiencia de los soviets la realización práctica de sus programas de emancipación social. El Partido Socialista apoyó la Revolución que se inició en febrero, pero se opuso a la toma del poder por los bolcheviques. Un ala izquierda rompía las filas partidarias para crear en enero de 1918 el primer partido comunista de Latinoamérica, mientras otros sectores reclamaban desde dentro del PS la adhesión a la Internacional Comunista. La casi totalidad de los escritores y artistas nacidos en torno a 1900 --aquella generación marcada por el estallido de la Gran Guerra y que va a animar la experiencia de la Reforma Universitaria-- apoyarán la Revolución rusa con fervor, a través de un sinnúmero de revistas juveniles y de emergentes editoriales.

Abstract:

The good news of the Russian Revolution radiated through Latin America at the speed of the telegraph. It reached a particularly significant impact in Argentina, which had a large group of Russian-Jewish emigrants, from whose ranks the first travelers to the country of the Soviets emerged. Argentina also had a labor movement organized at a national level, where both the FORA (Argentine Regional Federation of Workers) anarchist and the FORA syndicalist wanted to see in the experience of the soviets the practical realization of their programs of social emancipation. The Socialist Party supported the Revolution that began in February, but opposed the seizure of power by the Bolsheviks. A left wing broke the party ranks to create in January 1918 the first Communist Party in Latin America, while other sectors claimed from within the PS adherence to the Communist International. Almost all writers and artists born around 1900 - a generation marked by the outbreak of the Great War and that will encourage the experience of the University Reform - will support the Russian Revolution with fervor, through countless of youth journals and emerging publishers.

La buena nueva de la Revolución de Octubre se irradió por el mundo a la velocidad del telégrafo. Incluso en este lejano rincón del planeta, las noticias que diariamente informaba la prensa se devoraron con avidez.

Después de los años aciagos de la Gran Guerra, los acontecimientos rusos alumbraron una

luz de esperanza, sobre todo entre los obreros de la ciudad y el campo, los estudiantes y las mujeres de avanzada, los artistas plásticos y los escritores. La revolución no era ya una lejana promesa de redención, estaba aconteciendo aquí y ahora, en un espacio y un tiempo determinados. Esa revolución ensayaba la edificación de un orden social emancipado no sólo en lo económico; también se estaba erigiendo un nuevo orden cultural y una nueva moral sexual.

La Revolución Rusa no podía sino atraer a escritores e intelectuales. Es que a diferencia de las otras revoluciones que había conocido la historia, no aparecía como un fenómeno puramente espontáneo, sino como una revolución “prevista” por la teoría marxista. Sus máximos artífices eran no sólo dirigentes de masas, sino también grandes intelectuales, como Lenin y Trotsky, Bujarin y Lunacharski. El mundo de la cultura de todo el globo siguió con avidez la doctrina de esta primera “revolución teórica” de la historia. A través de sus textos se ponía en circulación un lenguaje político renovado, donde aparecían por primera vez “soviet” y “sistema soviético”, “mencheviques” y “bolcheviques”, los “comisarios del pueblo” y el “Sovnarkon”, el “ejército rojo” y los “ejércitos blancos”, la “dualidad de poderes” y la “insurrección”, el “derrotismo revolucionario” y la “autodeterminación de los pueblos”, el “capital financiero” y el “imperialismo”. Hasta la irrupción de la Revolución China en 1949 o la Cubana diez años después, el imaginario revolucionario mundial quedó hasta tal punto capturado por el poderoso magnetismo del proceso ruso, que todos los movimientos radicales posteriores eran juzgados según los momentos y las figuras que proporcionaba la vara soviética. Derechas e izquierdas buscaban afanosamente en América Latina los equivalentes locales de Kerenski o de Martov, de Lenin o de Kornilov.

El “trienio rojo”

Inserta plenamente en el sistema-mundo capitalista, Argentina no podía escapar a las vicisitudes de la formación del “corto siglo XX” que Hobsbawm hizo nacer, justamente, con la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa (1). El país vivió entre 1919 y 1921 un “trienio rojo” de una intensidad semejante a la que sacudió simultáneamente a Alemania y Hungría, Italia y España.

Como ha señalado Andreas Doeswije, acontecimientos de esos años como la Semana Trágica o las huelgas de la Patagonia no se comprenden acabadamente por fuera de ese contexto nacional y global de radicalización política, polarización social e imaginación revolucionaria. Doeswije ha documentado cuán fuertemente había permeado al movimiento huelguístico argentino aquel imaginario soviético, gravitando no sólo sobre los sindicalistas revolucionarios de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA) del IX° Congreso (y de su continuadora, la Unión Sindical Argentina, USA), sino incluso sobre la FORA del V° Congreso (anarco-comunista), muchos de cuyos partidarios fueron tildados, justamente, de “anarco-bolcheviques” por los anarquistas más ortodoxos (2).

Tanto la historiografía comunista, empeñada en mostrar a los socialistas de izquierda como la única formación argentina que acompañó la Revolución de Octubre, como la historiografía anarquista, embarcada en borrar de su historia su momento bolchevique, contribuyeron al velamiento de estos acontecimientos. Asimismo, la construcción historiográfica de una Reforma Universitaria inscrita en una nebulosa ideología progresista y latinoamericanista, dejó en las sombras el intenso momento bolchevique de los reformistas de Córdoba, Buenos

Aires y La Plata (3). Si bien existen aproximaciones parciales (4), no contamos aún con una investigación que haya relevado la gravitación de la Revolución Rusa en los distintos espacios de nuestro universo intelectual. De modo que apenas podemos ofrecer ahora algunas pinceladas de un cuadro todavía inconcluso.

Una “fiebre renovadora”

La vivencia traumática de la guerra y la expectativa redentora de Octubre van a devenir experiencias constitutivas de la generación de los hombres y mujeres nacidos en torno a 1900. Cuando en noviembre de 1918 José Ingenieros pronunciaba en el Teatro Nuevo su conferencia “Significación histórica del movimiento maximalista”, estaba interpelando sobre todo a un auditorio de jóvenes. “Jamás, como aquella noche, Ingenieros estuvo tan cerca de nuestro corazón”, evocaba Aníbal Ponce, que entonces tenía veinte años (5). También Sergio Bagú, otro de los jóvenes reformistas de 1918, hablaba en nombre de su generación cuando rememoraba a 1917 como el año de una “fiebre renovadora”. Ya la Revolución de Febrero – recordaba Bagú– había desviado la atención de la mera oposición bélica entre aliadófilos y germanófilos. “Pero fue en Octubre, cuando los bolcheviques hicieron su revolución, que la polémica creció y se colocó en la zona ardorosa de la cuestión social” (6). Mika Feldmann e Hipólito Etchebehere desde *Insurrexit*, Juan Antonio Solari desde *Bases*, los cordobeses Deodoro Roca, Saúl Taborda y Carlos Astrada desde *Mente* fueron algunas de las voces juveniles que se alzaron inmediatamente en apoyo del gobierno de los soviets.

Algunos hombres de la vieja generación pero sobre todos los jóvenes, pasaban sin solución de continuidad del pacifismo al antimilitarismo, y de allí al entusiasmo revolucionario. Un derrotero semejante al de intelectuales franceses fervorosamente leídos por los argentinos durante los años de la Gran Guerra, como el Henri Barbusse de *El Fuego*, el Anatole France de *Los dioses tienen sed* y el Romain Rolland de *Juan Cristóbal*, libros que conocían por entonces innumerables ediciones populares (por no decir ediciones pirata). Los intelectuales de la izquierda francesa habían lanzado en 1919 su revista *Clarté*, yuxtaponiendo Ilustración y Revolución. Desde sus primeros números invitaban, mientras se fundaba en Moscú la Internacional Comunista, a la constitución de una “Internacional del pensamiento” (7). José Ingenieros se apresuró a traducir el manifiesto de los intelectuales franceses y a auspiciar la internacional de los intelectuales desde su *Revista de Filosofía* (8). Los ecos del llamado de *Clarté* se hicieron sentir incluso en los críticos culturales Roberto F. Giusti, Alfredo A. Bianchi y el equipo editor de la revista *Nosotros*.

Si bien Juan B. Justo y Antonio de Tomaso tomaron distancia de la Revolución de Octubre, resistiendo con tenacidad cualquier vínculo del Partido Socialista con la naciente Internacional Comunista, algunas figuras disidentes del socialismo argentino como los diputados Alfredo Palacios y Augusto Bunge, y el senador Enrique del Valle Iberlucea, dieron la nota discordante.

Más lejos en su adhesión a la nueva Internacional llegaron los jóvenes socialistas “terceristas” –como José P. Barreiro y Gaspar Mortillaro, entre muchos otros–. La respuesta al llamado de Henri Barbusse y Romain Rolland alcanzó enseguida un eco continental: los “terceristas” editaron en Buenos Aires durante el año 1920 una primera revista *Claridad*, al mismo tiempo que la Federación de Estudiantes de Chile lanzaba una *Claridad* santiaguina. Tres años

después, el joven estudiante Víctor Raúl Haya de la Torre –y tras él José Carlos Mariátegui– publicaba en Lima una *Claridad* peruana, también de ambición latinoamericana e internacionalista. En 1922 el español transterrado en la Argentina Antonio Zamora publicaba los primeros folletos de la Editorial Claridad, que fue durante medio siglo el mayor centro de difusión de cultura izquierdista de proyección continental.

Auge de la cultura popular

La guerra y las dos revoluciones, la de Febrero y la de Octubre, coincidieron con el ciclo de la cultura popular, del libro barato y del folleto ofrecido a centavos en el kiosco de diarios. El impresor Lorenzo Rañó lanzaba en 1918, bajo el título de “¡El triunfo maximalista!”, la Constitución de República Soviética sancionada apenas unos meses antes. Ediciones “La Internacional”, del recién creado PC, comienza a difundir en ese mismo 1918 los principales textos de Lenin y de Trotsky. Las vicisitudes de la Revolución fueron seguidas quincena a quincena por una revista, los *Documentos del Progreso*, que los “terceristas” editaron en Buenos Aires entre 1919 y 1921. Pequeñas editoriales como *Adelante!*, *Clamor y Pax*, o colecciones de folletos populares como *Las Grandes Obras*, *Los Intelectuales*, *Los Pensadores y Claridad*, integraron a los artífices de la Revolución Rusa al panteón de una versión plebeya de la tradición ilustrada, en el que convivían Voltaire con Máximo Gorki, Volney con Trotsky, Víctor Hugo con Bujarin, Marx con Nietzsche y Zola con Plejanov. Solapamientos que no deberían sorprendernos si consideramos que buena parte de la recepción local de la Revolución Rusa se hizo a través de Francia, donde el proceso soviético era leído a su vez desde el prisma de la Revolución de 1789. En los primeros años, la prensa argentina transliteraba “Lenine” (a la francesa) el apellido Lenin. Fue para nosotros, podríamos decir, la recepción de una recepción.

Una Sociedad de amigos de Rusia comenzó a editar en 1925 la *Revista de Oriente*, que se proponía “divulgar entre los obreros e intelectuales” la obra constructiva de la nueva Rusia, y donde colaboraron figuras como Ingenieros, José Carlos Mariátegui, Gabriela Mistral y Alfredo Palacios, así como también escritores noveles: un poeta llamado Jacobo Fijman, y un ignoto cuentista que firmaba Raúl Scalabrini Ortiz. Álvaro Yunque, Aristóbulo Echegaray, César Tiempo y Roberto Mariani lanzarían poco después la colección de folletos Ediciones Hoy. Pero acaso el mayor centro de difusión de cultura popular izquierdista haya sido Editorial Claridad, que desde 1922 lanzaba a razón de un libro por día todo lo que se quisiera saber sobre la URSS, desde la nueva legislación laboral, pasando por los viajeros al país de los soviets, hasta la irrupción de la “nueva moral sexual” que predicaba Alexandra Kollontai.

Según rememoraba el escritor Leónidas Barletta, Octubre había producido “una profunda conmoción en la conciencia popular, especialmente entre artistas e intelectuales” (9). Tenía apenas quince años cuando a instancias del poeta anarquista Juan Pedro Calou leía el *Juan Cristóbal* de Romain Rolland al mismo tiempo que la revolución estaballaba en Rusia. El encuentro en las redacciones de los diarios, en las imprentas y en los cafés porteños con otros escritores libertarios de origen popular –Nicolás Olivari, Lorenzo Stanchina, Elías Castelnuovo, Roberto Mariani, Álvaro Yunque, entre otros– daría origen al llamado “Grupo de Boedo”, cenáculo de los escritores que cultivaban el compromiso político y la estética

realista de cuño ruso. En las páginas de sus revistas –*Dinamo*, *Extrema izquierda*, *Izquierda*– es manifiesto su anarco-bolchevismo literario, anterior a la adhesión de muchos de ellos, a comienzos de la década de 1930, al Partido Comunista. Los vanguardistas de *Martín Fierro*, motejados por los mismos boedistas como “Grupo de Florida”, se burlaron alegremente de los epígonos criollos de Gorki y de Andreiev, como en aquel soneto satírico titulado “Fedor Elieff Castelnuoff” que aparecía firmado por “Sta. En-China” (10). El equivalente artístico del anarco-bolchevismo fue el grupo de plásticos de los Artistas del Pueblo –Guillermo Facio Hebequer, Abraham Vigo, Agustín Riganelli, José Arato y Adolfo Belloq–, pintores y grabadores que solían exponer sus obras de celebración de la “aurora roja” en los locales obreros.

De vanguardia en vanguardia

Incluso las vanguardias artísticas y literarias argentinas de la década de 1920 dialogaron intensamente con las vanguardias políticas, como lo ponen en evidencia “Rusia” y “Guardia roja”, los poemas que el joven Jorge Luis Borges escribió para *Los salmos Rojos*, aquel que debió ser su primer libro pero que no llegaría a la imprenta por decisión de su autor. Sin embargo, los poemas fueron dados a conocer en 1921 por el propio Borges en la revista *Cuasimodo*, donde el educacionista anarco-bolchevique Julio R. Barcos pregonaba la “revolución de la enseñanza” iniciada en la Rusia Soviética. Apenas regresaba de España, Borges se asoció en Buenos Aires a dos jóvenes poetas revolucionarios del grupo estudiantil *Insurrexit*: Francisco Piñero y Eduardo González Lanuza. Juntos trajinarían las calles de la ciudad para pegar con brocha y engrudo los carteles de la revista mural *Prisma*, en la que, arremetiendo contra la mercantilización del arte, se presentaban a sí mismos como “millonarios de vida y de ideas”, que salían “a regalarlas en las esquinas, a despilfarrar las abundancias de nuestra juventud, desoyendo las voces de los avaros de su miseria”. Demás está decir que en sus despolitizadas memorias tanto Borges como González Lanuza pusieron sordina a esta alianza juvenil entre ultraísmo y revolución (11).

Otro de los “insurrexistas” de 1920, el poeta Conrado Nalé Roxlo, recordaba en los últimos años de su vida las interminables discusiones que solía presenciar entre “el Compañero”, un canillita anarquista, y “el Camarada”, un obrero comunista (12). El autor de “El grillo” reconocía que, entre el grupo de jóvenes que se congregaba en la mesa de la cantina que habían apodado “El puchero misterioso” era “imposible la discrepancia, pues, el que más y el que menos, conservaba su izquierda” (13).

Nalé esboza incluso una sociología de los intelectuales cuando recuerda que “Baudelaire nos había enseñado el desprecio literario al burgués, al filisteo, y era fácil transferirlo al ‘chanchito burgués’ de la Internacional”. El propio Barletta reconocía que “la Revolución de Octubre alcanzó a todos, progresistas y reaccionarios”. Incluso a estos últimos la revolución “les golpeó en el pecho y los hizo antiburgueses por excelencia, antiburgueses instintivos con sus revolucionarias piruetas literarias, con su revolución de la preceptiva” (14).

La revolución inflamó también a los modernistas, los escritores de la generación que emergió en el 900. Según el testimonio de Manuel Gálvez eran casi todos rebeldes, “unos, socialistas en diverso grado; y otros, anarquistas o anarquizantes” (15). Horacio Quiroga y Alfonsina

Storni no dudaron en colaborar con la revista *Insurrexit* entregando relatos y poemas inéditos. Algunos abrazaban la causa revolucionaria desde filosofías materialistas, mientras que otros lo hacían desde un cristianismo social de corte antiliberal, un cierto misticismo tolstoiano, un orientalismo a la Krischnamurti, la teosofía (como el cirujano Lelio O. Zeno, el primer argentino en conocer el país de los soviets) (16) o incluso el espiritismo, tal como lo entendía Bernabé Morera (17). Arturo Capdevila, que luego sería un reconocido escritor conservador, lanzaba en 1929 *El Apocalipsis de San Lenin*, una biografía en verso del líder bolchevique escrita en el estilo del apocalipsis bíblico.

El giro conservador

Como en todo proceso de circulación internacional de ideas, los receptores locales leían los acontecimientos desde sus propios prismas y experiencias, proyectando en Rusia sus propios deseos y esperanzas. Así, José Ingenieros podía leer en sus conferencias el sistema soviético en clave antiparlamentaria y meritocrática. En contrapartida, nuestros anarquistas y sindicalistas revolucionarios podían explicar el proceso soviético en términos consejistas: antes que un Estado erigido bajo la tutela bolchevique, vieron o quisieron ver el autogobierno de los consejos de obreros, soldados y campesinos, lo que permitía que en las páginas de sus periódicos y revistas se reconciliaran finalmente en un abrazo Marx y Bakunin, Tolstoi y Lenin, Kropotkin y Trotsky. Ciertamente, algunos anarquistas advirtieron pronto de la ilusión denunciando la represión de los bolcheviques sobre las otras fuerzas de izquierda, como Emilio López Arango desde *La Protesta* (18), el anarquista ucraniano exiliado en Buenos Aires Anatol Gorelik a través de sucesivos folletos, o el futuro filósofo Luis J. Guerrero desde los libros de su sello editorial Argonauta (19).

Una alteración tan grande de la vida y de la conciencia como la que produjo la Revolución Rusa no podía sino poner a prueba las antiguas corrientes políticas. La década larga que fue de 1917 a 1930 implicó una suerte de “barajar y dar de nuevo” de las ideologías, un crisol donde se combinaron y por un tiempo se fundieron opciones que poco antes o poco después parecían antagónicas. Muchos de los exponentes de una ideología tan hostil a la Revolución Rusa como el nacionalismo de los 1930 y 1940 –Ramón Doll, Ernesto Palacio, Manuel Gálvez, Carlos Astrada, Saúl Taborda, Luis J. Guerrero, Luis E. Carulla– serían impensables sin su entusiasmo juvenil y su posterior decepción con la experiencia soviética (sólo Astrada volvería por sus fueros en la década de 1950, recuperando desde el marxismo la experiencia soviética de 1917).

En suma, es difícil encontrar escritores de la generación argentina nacida en torno a 1900 – la de Borges y Arlt, Scalabrini Ortiz y Liborio Justo– que hayan sido capaces de sustraerse, aunque fuera por un lustro, al influjo de esa luz de esperanza que, en los años de la “decadencia de Occidente”, llegaba finalmente de Oriente. Eran aquellos, desde luego, los tiempos heroicos de la Revolución. Sin lugar a dudas, sobrevendría, años después, en los años 30, el tiempo de las decepciones y de las solicitaciones de otras ideologías. La Revolución Rusa no escapó al destino de otras revoluciones y, como Saturno, terminó por devorar a sus propios hijos. Con los años, los anarco-bolcheviques volverían al redil del anarquismo ortodoxo. Sólo algunos entusiastas de 1917 pasarían a las filas del Partido Comunista o animarían los grupos trotskistas de los años treinta. Para la mayor parte de los

hombres y mujeres de la generación del 17, la revolución no había cumplido sus promesas de redención humana. Al entusiasmo sucedió la decepción. El giro conservador de un Borges o de un González Lanuza, la vuelta al catolicismo de un Nalé Roxlo o de un Gálvez, el nacionalismo agresivo de Doll, de Palacio o de Carulla, no son otra cosa que hijos del aquel amargo desengaño. Pero esa ya es otra historia.

1. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1996.
2. Andreas Doeswyc, *Los anarco-bolcheviques rioplatenses*, CeDInCI editores, Buenos Aires, 2013. Esta obra se basa en una tesis defendida en 1998. Recientemente, la misma tesis fue reescrita aunque desde un “marco teórico” benjaminiano: Roberto Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la Revolución Rusa*, Prometeo, Buenos Aires, 2015.
3. Hace casi dos décadas llamé la atención sobre el Grupo estudiantil antiparlamentario Insurrexit, espacio de tránsito de los universitarios anarquistas al comunismo de izquierdas primero y al trotskismo después, precipitado por la Revolución de Octubre. Véase Horacio Tarcus, “Historia de una pasión revolucionaria. Mika Feldmann e Hipólito Etchebehre, de la Reforma Universitaria a la Guerra Civil Española”, en *El Rodaballo*, N° 11/12, Buenos Aires, primavera/verano de 2000. Por su parte, Natalia Bustelo ha puesto de relieve en una serie de estudios recientes la densa red estudiantil izquierdista que para 1920 postulaba la alianza entre obreros y estudiantes con vistas a realizar ya no la Reforma, sino la Revolución Universitaria. Véase Natalia Bustelo, *La Reforma Universitaria desde sus grupos y revistas. Una reconstrucción de los proyectos y las disputas del movimiento estudiantil porteño de las primeras décadas del siglo XX (1914-1928)*, Tesis, Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, 2014; y Natalia Bustelo y Lucas Domínguez Rubio, “Radicalizar la Reforma universitaria. La fracción revolucionaria del movimiento estudiantil argentino (1918-1922)”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 44, N° 2, Bogotá, julio-diciembre de 2017: www.revistas.unal.edu.co/index.php/achsc.
4. Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1988; Sylvia Saïtta (sel. y pról.), *Hacia la Revolución. Viajeros argentinos de izquierda*, FCE, Buenos Aires, 2007; Sylvia Saïtta, “Intelectuales argentinos en la Unión Soviética”, en Ezequiel Adamovsky, Martín Baña y Pablo Fontana (comps.), *Octubre Rojo. Noventa años después*, Libros del Rojas, Buenos Aires, 2008.
5. Aníbal Ponce, *José Ingenieros. Su vida y su obra. Educación y lucha de clases*, Editor J. Héctor Matera, Buenos Aires, 1954.
6. Sergio Bagú, *Vida ejemplar de José Ingenieros*, El Ateneo, Buenos Aires, 1953.
7. Nicole Racine-Furlaud, “Du mouvement à la revue *Clarté* : jeunes intellectuels ‘révolutionnaires’ de la guerre et de l’après-guerre 1916-1925”, *Cahiers de l’IHTP*, N° 6, París, noviembre de 1987; Alain Cuénot, “*Clarté* (1919-1928) : du refus de la guerre à la révolution”, *Cahiers d’Histoire. Revue d’histoire critique*, N° 123, París, 2014.
8. *Revista de Filosofía*, Año VI, N° I, Buenos Aires, 1920. Cuatro años después, en 1924, Ingenieros publica en su *Revista de Filosofía* “La glorificación de Lenin”, en ocasión de la muerte del dirigente bolchevique, al que caracteriza como “el más grande estadista de los tiempos nuevos y del nuevo espíritu”.
9. Leónidas Barletta, *Boedo y Florida. Una versión distinta*, Metrópolis, Buenos Aires, 1967.
10. Sta. En-China [seud.], “Fedor Elieff Castelnuoff”, *Martín Fierro*, N° 16, Buenos Aires, mayo de 1925.
11. Horacio Tarcus, “El amigo ‘rojo’ de Borges”, *Clarín*, Suplemento Zona, Buenos Aires, 25-3-01; Horacio Tarcus, “Revistas, intelectuales y formaciones culturales izquierdistas en la Argentina de los veinte”, *Revista Iberoamericana*, Vol. LXX, N° 208-209, Pittsburgh, julio-diciembre de 2004.
12. Conrado Nalé Roxlo, *Borrador de memorias*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1978.
13. *Ibid.*
14. Leónidas Barletta, *op. cit.*
15. Manuel Gálvez, *Amigos y maestros de mi juventud*, Hachette, Buenos Aires, 1958.
16. L.O.Z. [Lelio O. Zeno], *La democracia de febrero de 1918*, S.P.D.I., Buenos Aires, s/f [c. 1918].
17. Daniel Omar de Lucía, “Luz y verdad. La imagen de la revolución rusa en las corrientes espiritualistas”, *El Catoblepas. Revista crítica del presente*, N° 7, septiembre 2002.
18. Andreas Doeswijk, *op. cit.*
19. Acaso la obra más notable de Argonauta fue *Hacia una sociedad de productores*, una selección de artículos de *L’Ordine Nuovo*, la revista que editaba Antonio Gramsci en Turín, en lo que constituye la primerísima difusión del pensamiento gramsciano en cualquier idioma. Véase Horacio Tarcus, “Gramsci y sus textos cautivos. A 50 años de los *Cuadernos de la cárcel*”, *Clarín*, suplemento *Cultura y Nación*, 19-3-1998.